



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 2 de enero de 2002

1. En este primer encuentro del nuevo año, al día siguiente de la solemnidad de María, Madre de Dios, y de la Jornada mundial de la paz, queremos renovar nuestra acción de gracias a Dios por los innumerables beneficios con los que enriquece diariamente nuestra vida. Al mismo tiempo, prolongamos la contemplación del gran misterio de la Encarnación, que estamos viviendo en estos días y que constituye un auténtico fulcro del tiempo litúrgico.

Retomando la expresión de san Juan: "El Verbo se hizo carne" (*Jn* 1, 14), la reflexión doctrinal de la Iglesia ha acuñado el término "encarnación" para indicar el hecho de que el Hijo de Dios asumió plena y completamente la naturaleza humana para realizar en ella y a través de ella nuestra salvación. El *Catecismo de la Iglesia católica* recuerda que la fe en la encarnación real del Hijo de Dios es el "signo distintivo" de la fe cristiana (cf. n. 463).

Por lo demás, es lo que profesamos con las palabras del Credo niceno-constantinopolitano: "Por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo y, por obra del Espíritu Santo, se encarnó en el seno de la Virgen María y se hizo hombre".

2. En el nacimiento del Hijo de Dios del seno virginal de María los cristianos reconocen la infinita condescendencia del Altísimo hacia el hombre y hacia la creación entera. Con la Encarnación, Dios viene a visitar a su pueblo: "Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo, suscitándonos una fuerza de salvación en la casa de David, su siervo" (*Lc* 1, 68-69). Y la visita de Dios siempre es eficaz: libera de la aflicción y da esperanza, trae salvación y alegría.

En el relato del nacimiento de Jesús, vemos que la alegre nueva de la venida del Salvador

esperado es comunicada en primer lugar a un grupo de pobres pastores, como refiere el evangelio de san Lucas: "Un ángel del Señor se presentó a los pastores" (*Lc 2, 9*). De ese modo, san Lucas, que en cierto sentido podríamos definir el "evangelista" de la Navidad, quiere subrayar la benevolencia y la delicadeza de Dios para con los pequeños y los humildes, a los que se manifiesta y que de ordinario están mejor dispuestos a reconocerlo y acogerlo.

La señal que se da a los pastores, la manifestación de la majestad infinita de Dios en un niño, está llena de esperanzas y promesas: "Aquí tenéis la señal: encontraréis a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre" (*Lc 2, 12*).

Ese mensaje encuentra un eco inmediato en el corazón humilde y disponible de los pastores. Para ellos la palabra que el Señor les da a conocer es seguramente algo real, un "acontecimiento" (cf. *Lc 2, 15*). Por eso, acuden presurosos, encuentran la señal que se les había prometido e inmediatamente se convierten en los primeros misioneros del Evangelio, difundiendo en su entorno la buena nueva del nacimiento de Jesús.

3. En estos días hemos escuchado nuevamente el canto de los ángeles en Belén: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres que él ama" (*Lc 2, 14*). Este canto debe difundirse en el mundo también en nuestro tiempo, que entraña grandes esperanzas y extraordinarias aperturas en todos los ámbitos, pero que igualmente encierra fuertes tensiones y dificultades. Para que en el nuevo año, recién comenzado, la humanidad pueda avanzar de un modo más ágil y seguro por los caminos de la paz, hace falta la colaboración activa de todos.

Por eso, ayer, con ocasión de la [Jornada mundial de la paz](#), quise subrayar el vínculo que existe entre la paz, la justicia y el perdón. Realmente "no hay paz sin justicia" y "no hay justicia sin perdón". Por tanto, debe crecer en todos un fuerte deseo de reconciliación, sostenido por una sincera voluntad de perdón. A lo largo de todo el año nuestra oración debe hacerse más fuerte e insistente, para obtener de Dios el don de la paz y de la fraternidad, especialmente en las zonas más agitadas del mundo.

4. Así entramos en el nuevo año con confianza, imitando la fe y la dócil disponibilidad de María, que conserva y medita en su corazón (cf. *Lc 2, 19*) todas las cosas maravillosas que están aconteciendo ante sus ojos. Dios mismo realiza por medio de su Hijo unigénito la plena y definitiva salvación en favor de la humanidad entera.

Contemplamos a la Virgen mientras acoge entre sus brazos a Jesús para darlo a todos los hombres. Como ella, también nosotros miramos con atención y conservamos en el corazón las maravillas que Dios lleva a cabo cada día en la historia. Así aprenderemos a reconocer en la trama de la vida diaria la intervención constante de la divina Providencia, que todo lo guía con sabiduría y amor. Una vez más, ¡Feliz Año nuevo a todos!

Saludos

Doy mi cordial bienvenida a todos los peregrinos venidos de España y de Latinoamérica. Que a lo largo de todo el año nuestra oración se haga más fuerte e insistente, para obtener de Dios el don de la paz. ¡Feliz año nuevo a todos

(En lengua croata)

Queridísimos hermanos, ojalá que el nuevo año del Señor que acaba de comenzar sea para cada uno de vosotros y para vuestras familias una nueva etapa de crecimiento en la fe, así como un nuevo período de gracia, esperanza y concordia. De buen grado imparto a todos la bendición apostólica. ¡Alabados sean Jesús y María!

(En italiano)

Dirijo un cordial saludo a los Legionarios de Cristo, que hoy han querido estar presentes con toda su comunidad de Roma, en particular con los sacerdotes recién ordenados y las jóvenes consagradas del "Regnum Christi". Queridísimos hermanos: el misterio de la Encarnación celebrado en este tiempo litúrgico os ilumine en el camino de fidelidad a Cristo. A ejemplo de María, conservad, medita y seguid al Verbo que en Belén se hizo carne, para difundir con entusiasmo el mensaje de la salvación.

Un pensamiento especial va también al grupo de esposos de la parroquia San Miguel en Solofra, que recuerdan el aniversario de su matrimonio. Queridísimos hermanos, poniendo de relieve el delicado gesto que vuestra comunidad parroquial ha llevado a cabo al ofrecer una medalla de oro a "L'Osservatore Romano" en el 140° aniversario de su fundación, os exhorto a perseverar en el empeño de generoso testimonio cristiano.

A todos los peregrinos de lengua italiana presentes en esta primera audiencia general del 2002 expreso un afectuoso deseo de serenidad y bienestar para el nuevo año.

Me dirijo, por último, a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*.

A vosotros, queridos *jóvenes*, os deseo que consideréis cada día como un don de Dios, lo acojáis con agradecimiento y lo viváis con rectitud. A vosotros, queridos *enfermos*, que el nuevo año os traiga consuelo en el cuerpo y en el espíritu. Y vosotros, queridos *recién casados*, esforzaos por imitar a la Sagrada Familia de Nazaret, realizando una auténtica comunión de vida y amor.